

# Historias ejemplares

Aurelio Asiain

Los actores de una polémica repiten siempre los mismos gestos. El atacante, exaltado, corre hacia nosotros con los pelos en la mano; el atacado, irónico, se vuelve a vernos y da la voz de alarma: "¡nos están tomando el pelo!" ¿No es el escandaloso, por definición, un exagerado? Y ¿qué es la exageración sino una forma de mentira? Para desautorizar al que nos sorprende, nada mejor que mostrarnos sorprendidos.

Así ha ocurrido en el caso de la polémica sobre los nuevos libros de texto de historia de México. La primera respuesta de sus autores ante el escándalo fue una expresión de desconcierto y un llamado a la cordura. Otros comentaristas han expresado también su extrañeza ante la vehemencia de los ataques. Y sin embargo, era previsible. La imposición de un texto oficial para la enseñanza ha suscitado siempre en nuestro país, por lo menos desde el siglo pasado, la resistencia de grandes sectores de la población. Que esta vez se trate del libro de historia es doblemente significativo; en otras ocasiones han sido la lógica y la biología el motivo de la disputa, pero es siempre la tradición lo que se disputa. Lo que le contamos a nuestros hijos es lo que nos hace hijos de nuestros padres y lo que nos hermana con el resto de los hombres. Nuestra versión de la historia es nuestra aceptación de una herencia, un destino y una identidad. Por eso el Estado moderno, que no es ideológico (y en el que el gobierno no es "papá gobierno"), no tiene una historia oficial. Pero la que se enseña en los libros de texto de historia de México sí es una historia oficial. No por su orientación ni por su origen —en lo que han insistido sus autores— sino por su carácter único y obligatorio. Es natural que cada nueva versión de esa historia haya suscitado controversias apasionadas.

En todos los casos se han mezclado los hilos de la pasión política a la controversia. Es notable cómo la historia del ascenso del grupo de los Científicos al poder puede seguirse, en parte, a través de la larga y encendida polémica que enfrentó, a fines del siglo pasado, a los jóvenes positivistas y a los liberales tradicionales, a propósito de la elección del texto oficial de lógica para la Escuela Nacional Preparatoria. La controversia que surgió entonces entre Porfirio Parra y José María Vigil, entre Justo Sierra e Ignacio Manuel Altamirano (para no citar sino a los más destacados) fue de orden educativo y filosófico: se trataba de la pertinencia y la legitimidad de la filosofía positivista como parte del plan de estudios de la escuela preparatoria. Pero en la disputa había también un reflejo de la lucha entre el grupo de jóvenes intelectuales que comenzaba a ganar posiciones importantes en el gobierno y los liberales de la vieja guardia, herederos de la Reforma, que temían verse desplazados. Se enfrentaban dos visiones y dos proyectos de nación: los de quienes confiaban en "el advenimiento definitivo de un período orgánico, positivo y científico" (Justo Sierra) y los de quienes veían al positivismo

"en abierta contradicción con el espíritu y las tendencias de la sociedad mexicana" (José María Vigil). Se peleaba, pues, por unas ideas, por una herencia histórica y por un futuro político. Hace exactamente cien años puede marcarse el fin de esa polémica, que mucho podría iluminarnos sobre la actual: "Para 1892, el positivismo había recuperado su *status* de filosofía oficial de la educación preparatoria en México". (Charles Hale: *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XXI*.)

También los primeros libros de texto gratuito para la escuela primaria, concebidos por Jaime Torres Bodet en 1959, fueron recibidos con una tormenta. Según cuenta el propio Torres Bodet en sus Memorias, el gobierno de López Mateos fue acusado de "partidismo" cuando nombró a Martín Luis Guzmán primer presidente de la Comisión de Libros de Texto Gratuito; en *Excelsior* se dijo que equivalía a "poner la iglesia en manos de Lutero". Los libros (cuya redacción, revisada por el propio Guzmán, fue por cierto obra de maestros de escuela, no de historiadores) sufrieron una fuerte campaña opositora alentada, sobre todo al principio, por los editores y autores particulares de libros de texto; fueron tachados de "comunizantes" y en Monterrey se embodegaron durante un año debido a la presión de los industriales y la iglesia. El caso no deja de tener parecidos con el actual. Por ejemplo, hay ciertas semejanzas entre Martín Luis Guzmán y su discípulo confeso, Héctor Aguilar Camín: ambos novelistas políticos, con buena mano para los negocios, dueños de una editorial que publica sus propios libros y de una revista que los anuncia mes con mes en las listas de los más vendidos; ambos amigos de su presidente y responsables de los libros de texto de su momento.

Los libros inmediatamente anteriores a los actuales, lanzados durante el régimen de Echeverría y que sustitúan las asignaturas tradicionales por áreas de conocimiento, también fueron objeto de ataques furibundos. Fue especialmente violenta la reacción contra los libros de Ciencias Naturales, sobre todo por parte de la iglesia, y especialmente por las páginas que dedicaba a la educación sexual. Una crítica menos ideológica que la de la iglesia y los conservadores se refirió sobre todo a los libros de ciencias sociales, que sustituyeron a los de historia y en los cuales predominaban el pseudomarxismo primario y el populismo tercermundista que caracterizaban a la demagogia echeverrista. La nota de Octavio Paz que reproducimos en este número, publicada en marzo de 1975 en *Plural*, se ocupa de ellos y describe, breve y sucintamente, la naturaleza de la polémica que desataron.

Es claro que en la polémica actual, como en las anteriores, la presión política, la lucha entre generaciones y la ceguera partidista han contado casi tanto como la disputa por la tradición y la historia. Lo notable es que esta vez, en buena

medida, el papel que desempeñaron antes los liberales doctrinarios, los empresarios y la iglesia, ha correspondido a un sector numeroso de la izquierda, empeñado paradójicamente en defender de un santoral patrio establecido en la época del odiado don Porfirio. No se equivoca del todo Héctor Aguilar Camín al decir que "la reacción contra los libros de historia actuales ha tenido su núcleo de resistencia inicial en el Partido de la Revolución Democrática, en la doble zona de la izquierda retro y la guerrilla cultural, en un grupo de periodistas y en la dirigencia magisterial". Pero hay que decir que Aguilar Camín simplifica y exagera: el panorama es un poco más complejo. Por ejemplo, el término "guerrilla cultural" puede incluir a cualquier crítico de cualquier tendencia —y los ha habido de las más diversas. Tanto militantes del PRD han salido en defensa de los libros, como miembros del PAN los han criticado. La reacción de los diputados del PRI fue notoriamente ambigua: muchos se expresaron con un silencio elocuente. ¿Qué decir de las reacciones —es un secreto a voces— de los ex-presidentes Echeverría y López Portillo, y de las de los jefes del ejército? ¿A qué partido pertenece un novelista como Sergio Pitol? ¿Qué decir de los comentarios negativos sobre el diseño de los libros que ha hecho el pintor Vicente Rojo? En suma: la impugnación de los libros de texto ha sido más vasta y menos circunscrita a una franja determinada del espectro político. Por otra parte, el encono de la "izquierda retro" ante Aguilar Camín es explicable: ¿cómo entender que quien aplaudió con tanto entusiasmo la "nacionalización" (en realidad

estatización) de la banca escriba los libros de texto del régimen que devolvió los bancos a la iniciativa privada? Para buena parte de esa izquierda, el director de *Nexos* es un desertor.

No es posible pretender que la historia divulgada por la Secretaría de Educación Pública en la primaria, siendo única y obligatoria, no sea una historia oficial. También es sorprendente que a estas alturas (después de recibir el programa *Nexos* 71, el canal 22, el Coloquio de Invierno, los libros de texto y la Subsecretaría de Educación Básica) el grupo de burócratas culturales y asesores presidenciales que se reúnen en la revista *Nexos* se vean a sí mismos como ejemplo de independencia, nieguen que se están apoderando de los organismos centrales de la cultura mexicana y se alarmen ante la alarma de la opinión pública. Buena parte de la polémica en torno a estos libros se ha referido no a su contenido sino a la forma en que fueron asignados. El Secretario de Educación ha explicado que los libros se hicieron con premura y que ello no permitió que la asignación se decidiera por concurso, como hubiera sido normal. Pero esa premura, difícilmente justificable, es la causa de que los libros, como las guías para el maestro, tengan tantos errores: fechas equivocadas, temas mal explicados, vaguedades, mapas con símbolos cuyo significado se ignora, etc. Por último, aunque es cierto que el Secretario tiene facultades para asignar la elaboración de los libros sin someterla a concurso, no se explica que lo haya hecho en secreto, sin avisar oportunamente a la opinión pública. Así se repitió exactamente el caso del Coloquio de Invierno.

## Los libros de texto en su contexto

Octavio Paz

El furor de los ataques a los libros de texto gratuitos editados por el Estado, y la aspereza de la respuesta a esos ataques, han sido un nuevo ejemplo de la degradación de la crítica intelectual y política entre nosotros. En esas acusaciones y contraacusaciones no encontré razones de orden pedagógico —ni siquiera razones a secas— que justificasen tantas destemplanzas. Encontré, sí, pasión ideológica. A muy pocos de los que se han ocupado en la prensa de este asunto les interesa *realmente* la cultura de México; lo que quieren, unos y otros, es apoderarse de las conciencias, reclutar partidarios, ganar futuros militantes y feligreses. Cansado de los denuestos, decidí enterarme por mí mismo y leer los libros. Lo que sigue no es el juicio de un especialista —no soy un pedagogo— sino la impresión de un lector.

Los textos abarcan del primer al sexto año de educación primaria y están divididos en cuatro secciones: Matemáticas, Ciencias Naturales, Español y Ciencias Sociales. Su apariencia física es agradable y algunos, pienso sobre todo en los de Matemáticas, son francamente bonitos. Un reparo: demasiadas reproducciones del arte oficial e ideológico de Rivera, Siqueiros y el tropel de sus acólitos e imitadores sin talento. ¿Y el contenido de los libros? Si se los compara con los del pasado inmediato, los actuales resultan muchísimo mejores; en cambio, me parece que los textos en que estudió mi generación eran superiores. Los de hoy

simplifican en demasía y revelan horror por la teoría y sus rigores. Son libros fáciles para alumnos perezosos, libros que desestiman la inteligencia de los niños y su capacidad de trabajo. La idea detrás de esta pedagogía complaciente es que "jugando se aprende". Tal vez sea cierto pero en los juegos de estos libros se aprende poco y por eso, al cabo de un rato, resultan juegos aburridos. ¿O la superficialidad y facilidad es la consecuencia de la falta de preparación de los maestros? Hago la pregunta porque, en los libros *dedicados a los maestros*, hay glosarios en los que figuran palabras como árbol genealógico, átomo, bacteria, combustión, eco, erosión, densidad, interacción, mitología, morfología, nómada, patógeno, proceso, reptar, sedimento, trayectoria, ulterior. Sobran los comentarios.

Salvo las reservas anteriores, los libros de Matemáticas están hechos con agilidad y discernimiento. Los de Ciencias Naturales abarcan demasiadas disciplinas, desde nociones de Astronomía hasta Biología elemental. Los capítulos dedicados a la Física y la Química son rudimentarios en exceso. Las partes que tratan de Botánica, Zoología y Biología humana son mucho mejores. Merece particular elogio la clara explicación de la evolución y la selección natural; lo mismo digo del capítulo consagrado a las funciones de reproducción entre las plantas, los animales y los hombres. ¿Y pensar que ese capítulo es el que ha enrabado

Todo ello es tanto más extraño cuanto que la designación de Enrique Florescano y Héctor Aguilar Camín parece perfectamente natural, independientemente de sus relaciones con el gobierno. Se trata de dos historiadores competentes, autores de una obra respetable y capaces de convocar a un equipo eficaz de colaboradores. ¿Por qué no llamarlos a un concurso que probablemente habrían ganado? ¿Por qué no darles tiempo para hacer el trabajo con todo cuidado? Lo digo porque creo que, pese a sus yerros, y contra lo que han dicho muchos de sus críticos, el plan general de estos libros, ya que no su realización, es notoriamente superior al de los anteriores. Por primera vez dos periodos traumáticos de la historia nacional: los tres siglos de la colonia y las tres décadas del porfiriato, son vistos sin prejuicios. Se trata de una verdadera restitución y yo no veo sino motivos para celebrarlo. En cambio, hay que decir que el libro es desigual: la Revolución, por ejemplo, está mejor presentada que la Reforma, y la etapa virreinal mejor que la prehispánica. La parte más débil es, como era de esperarse, la que se refiere a la época contemporánea. Para no ir más lejos, ¿había que mencionar el Acuerdo Nacional para la Educación Básica, cuando no se dice una palabra de la creación de los libros de texto gratuitos en la época de Torres Bodet? Igualmente, si se habla con tanta insistencia de la democratización, ¿por qué sólo se hace la historia del PRI y no la de los otros partidos? ¿Por qué no se toca el gran problema político de México: el centralismo presidencial? ¿No hubiera sido conveniente tocar el tema de la destrucción

ecológica desde sus inicios, en la Colonia, y no sólo al final? ¿Por qué no mencionar el enorme problema de la explosión demográfica?

Los autores del libro y sus defensores han insistido en que ésta no es una "historia de bronce". Es cierto: nos muestran un paisaje sin estatuas, pero en el que no hay ni un alma. En lugar de cumplir un destino, los actores de la historia meramente desempeñan funciones. Son nombres sin rostro: no hay mitos ni héroes, no hay pasiones ni virtudes, no hay acciones ejemplares ni hombres providenciales. Es una historia no moral sino ideológica. Cierto: la historia no debe ser una serie de estampas piadosas ni reducirse a una colección de anécdotas pintorescas. Pero su esencia está en ser memorable y no puede prescindir de lo anecdótico ni de lo ejemplar sin quedar convertida en humo. ¿Hace falta recordar que las vidas *ejemplares* escritas por Plutarco han fecundado a la cultura occidental desde el Renacimiento? La historia no la hacen sólo las fuerzas impersonales: la hacen sobre todo los hombres. ¿Hubiera sido posible la revolución rusa sin Lenin? ¿Cómo habría sido la vida de los hombres del siglo XIX sin la figura de Napoleón? No pienso en la vida a ras de tierra, sino sobre todo en la vida de la imaginación: sin la dimensión heroica de Bonaparte, no tendríamos la tercera sinfonía de Beethoven, ni los cuadros de Delacroix, ni las novelas de Stendhal y de Tolstoi. Estoy seguro de que mi bisabuelo, que me enseñó a leer a Bulnes y a detestar a Juárez, estaría de acuerdo conmigo en que el Benemérito se vuelve mucho menos interesante

más a los fanáticos! También son acertadas las consideraciones sobre la contaminación del medio ambiente, la demografía y la necesidad imperiosa de limitar la natalidad.

En los libros de Español echo de menos, otra vez, el rigor de mis viejos textos y la importancia que daban al aprendizaje de la gramática, de la morfología y la sintaxis a la ortografía. La selección de trozos y autores —me refiero a los libros de quinto y sexto grado— tampoco acaba de gustarme. La mayoría de los poemas y los fragmentos en prosa pertenecen a ese lirismo bobalicón que las estrellas como "mariposas de plata" los nidos como "flores con pétalos de pluma" y la luna como "una moneda blanca caída en el pozo". Tal vez los autores de las elecciones tienen una idea demasiado cándida del alma infantil. ¿No hay un lirismo más robusto en nuestra lengua: Gil Vicente, Lope de Vega y tantos otros? ¿Y por qué reducir la literatura al lirismo? A los niños les gusta que les cuenten, en verso o en prosa, sucesos heroicos o mágicos, humorísticos o fantásticos. ¿Por qué no incluir más romances y corridos? ¿No hubiera podido escogerse un fragmento del Poema del Cid, en la hermosa versión de Pedro Salinas? Hacen falta también relatos en prosa que satisfagan el hambre infantil de aventuras y maravillas. El apetito por lo sublime y fuera de lo común, la fascinación por la gesta heroica y el gusto por lo cómico son tendencias que aparecen muy pronto en los niños. En otras sociedades las vidas de los santos y los mártires o la de los héroes satisfacen estas necesidades psicológicas; las "historietas", la televisión y el cine cumplen entre nosotros esta función, sólo que en sentido inverso, no para sublimar los instintos sino

para degradarlos: no el heroísmo sino la violencia, no la fraternidad sino la complicidad. Los libros de Español, en lugar de dar ejemplos de sublimación y transfiguración de las tendencias agresivas y sado-masoquistas, ofrecen a los niños un lirismo inocuo y con frecuencia espolvoreado de cursilería juan ramonesca e ibarbucesca. Las ausencias mexicanas son numerosas: nada de López Velarde, Sor Juana, Gutiérrez Nájera (el prosista), Torri, Azuela, Pellicer, Villaurrutia, Novo y unas pocas muestras insignificantes de Vasconcelos, Reyes y Martín Luis Guzmán. Uno de los propósitos de los libros que enseñan la lengua nacional es vincular al alumno con una historia y una tradición. En este sentido, las verdaderas fronteras de nuestra patria son las de nuestra lengua. Los libros de texto dan una imagen más bien vacua de esa patria espiritual.

El paso de los libros de Español a los de Ciencias Sociales es como bajar de la azotea al sótano. El primer error es llamar libros de Ciencias Sociales a los que no son sino textos elementales, y a veces menos que elementales, de Historia de México e Historia General. El libro de Historia de México (cuarto grado) da una imagen convencional y maniquea de nuestro pasado: la acostumbrada exaltación sentimental de la civilización mesoamericana, ahora por fortuna con una visión más realista de lo que fue y significó la hegemonía azteca, y el retrato en negro y blanco de Nueva España, en general más negro que blanco. Es curioso que los autores no hayan destacado, por lo menos, el carácter feminista de gran parte de la obra de Sor Juana. El maniqueísmo se acentúa en la parte moderna, es decir, desde la Independencia hasta nuestros días. Para los autores

despojado de ese título y de su pasado de pastorcito de Guelatao. El juicio sobre los actores de la historia no debe basarse únicamente en su influencia en la marcha de los acontecimientos sino en su dimensión moral como personas y, desde luego, como personajes: como figuras simbólicas de lo que el hombre es en el mundo cívico y social en que se desarrolla la historia. Su carácter ejemplar no se refiere a la condición de estatuas a que los reduce la beatería nacionalista sino a su naturaleza simbólica de figuras desgarradas entre las pasiones individuales y la responsabilidad social, ante las cuales los hombres se reconocen y se juzgan. La historia no es nada si no es reconocimiento, experiencia moral y aventura de la conciencia. ¿Qué van a recordar los niños de la historia que hay en estos libros? Me temo que muy poco, porque apenas hay historia en ellos. Sin relato, la tradición se transmite como información y el conocimiento se convierte en una base de datos. Para eso, los niños prefieren un Nintendo.

Tampoco es cierto que, a cambio de una historia de bronce, estos libros nos ofrezcan una historia "desde abajo". Salvo en unos cuantos paisajes aislados, no se trata en ella de la sociedad sino de los hechos de los gobernantes y, peor aún, de esa entidad ideal: el gobierno. La sociedad aparece sólo en abstracto, para sufrir, esperar, demandar, participar en los "movimientos sociales". Es significativo que, a la vez que se habla frecuentemente de las instituciones gubernamentales, no se habla de las instituciones populares, las ferias y fiestas cívicas y religiosas, los corridos y canciones. Lo mismo ocurre,

en general, en el campo de la cultura: fuera de algunos ejemplos de esa retórica vacua que nutre las "cápsulas educativas" de la XEQK ("el México rural que iba quedando atrás encontró su expresión mayor en el genio de Juan Rulfo"), todo se reduce a dar, en algunos capítulos, nombres de escritores y pintores —pero no de arquitectos ni de músicos ni de científicos. En todo el libro hay sólo un poema, en un recuadro: un soneto de Sor Juana, seguramente incomprendible para los niños que leerán esos libros. Más extraño todavía es que, siendo ésta una historia fundamentalmente económica y social, sea fantasmal en ella el papel de la iniciativa privada. Desde hace años, algunos colaboradores de *Nexos* repiten, rasgándose las vestiduras, que la televisión privada cumple un papel mucho más importante en la educación de los jóvenes que la Secretaría de Educación Pública. Sin embargo, en esos libros ni la radio ni la televisión tienen la menor importancia. La lengua misma —sus particularidades y sus cambios, su riqueza y sus degradaciones—, ¿no debería tocarse como parte de la evolución del pueblo mexicano?

Para hablar de todo ello no hacía falta escribir muchas más páginas, sino escribirlas de otra manera. Un buen ejemplo puede encontrarse en el capítulo que redactó Luis González para la *Historia mínima de México*. Al describir la época de Santa Anna, a González le basta con una cita de cuatro versos, los de una adivinanza, para hacer aparecer al pueblo, mostrarnos su visión de los poderosos y su capacidad de reír, cantar y crear ante las vueltas de la historia:

del libro los mexicanos se dividen en progresistas y reaccionarios, buenos y malos. Los buenos tienen estatuas en los parques y en las plazas; los malos se precipitan en el infierno del olvido. La censura ideológica no se contenta con la condenación de los hombres, los hechos y las obras sino que arranca de raíz los nombres de los impíos. No se menciona siquiera al conservador Lucas Alamán, uno de los hombres más lúcidos de nuestro siglo XIX; tampoco, sin duda por su contaminación porfirista, al liberal Justo Sierra. Los párrafos sobre el origen del PRI y sus funciones son, simultáneamente, elusivas e hipócritas. El texto se refiere muchas veces —y siempre con veneración— a lo que llama "nuestra herencia cultural" pero nunca se explica en qué consiste esa herencia, cuáles son las obras que la constituyen y cuál es el carácter de esas obras. Claro, muchos de los nombres centrales de esa herencia —de Sor Juana a López Velarde, Tablada y Villaurrutia, de Azuela a Rulfo y Salvador Elizondo— son ajenos cuando no contrarios a la ideología primaria que sustenta el librito. Al hablar de la reforma educativa de la Revolución Mexicana y de las "misiones culturales" no se cita a Vasconcelos: ¿por qué? La cultura de México en el siglo XX se reduce a la pintura (Rivera, Orozco) y a la música (Ponce, Revueltas, Chávez). Ni una palabra sobre Reyes, Azuela, López Velarde, Martín Luis Guzmán, Pellicer, Gorostiza, Novo... para no hablar de los escritores y artistas contemporáneos.

Los libros destinados a los alumnos de quinto y sexto año son compendios de Historia General. En ambos hay cosas y casos curiosos. Por ejemplo, en el entusiasta capítulo dedicado a China, se omite el nombre de Confucio.

En el capítulo dedicado a Grecia tampoco se mencionan a Platón, Aristóteles, Euclides. En el capítulo que trata de la decadencia de Roma se menciona al cristianismo: ocho líneas, ni más ni menos. En el libro del sexto grado, la parcialidad y la chabacanería crecen. Como siempre, la suficiencia y la vulgaridad intelectual se alían a la visión unilateral de la sociedad y de los hombres. En un artículo aparecido en *Excélsior*, Gastón García Cantú señaló el dogmatismo pseudoizquierdista de esos textos. El testimonio insospechable de García Cantú me aborrea una aburrida demostración. Los libros de Ciencias Sociales del quinto y sexto grado pertenecen al género de la literatura beata y confesional. Los textos de las otras colecciones no son perfectos y, por supuesto, habrá que revisarlos y corregirlos en vista de ediciones venideras; los libros de Ciencias Sociales del cuarto al sexto grado, sobre todo el último, no son corregibles: hay que retirarlos y hacer otros. No para darle gusto a los fanáticos del otro bando sino por honradez intelectual. Mis reservas frente a los libros de Español no son, después de todo, sino un *affaire de goût*; mi crítica a los libros de Ciencias Sociales es de otra índole y puede resumirse así: los autores de esos textos han substituido los hechos por las opiniones, las explicaciones por los juicios. No son libros de ciencia, son folletos de propaganda.

(*Plural* 42. Marzo de 1975)

Es Santa, sin ser mujer.  
Es rey, sin cetro real.  
Es hombre, más no cabal,  
y sultán, al parecer.

El defecto central de estos libros está en que son libros sin autor; más que una obra colectiva, se leen como una obra anónima. No sólo son un compendio de fichas y resúmenes: son libros sin estilo, en los que la narración se sustituye por la información y el lenguaje tiene una función meramente instrumental. No quiero decir que estén mal escritos: aunque no falta alguna frase sin concordancia, a la que se le escapa el sujeto, y pese a la abundancia de metáforas hijas del espíritu cubicular y de la vulgaridad periodística de la hora, es claro que sus páginas han pasado por las manos de varios correctores —que, como era natural, en el camino le quitaron el alma. ¿No hubiera sido mejor que el autor de cada uno de los capítulos lo escribiera a su modo? ¿No habría sido mejor encargarle la redacción final a un historiador con buena pluma, como el propio Luis González, o a un narrador con experiencia en narraciones históricas, como Fernando del Paso? Un libro sin autor es un libro sin lectores.

El libro de texto gratuito de historia no es un libro para leerse. Según algunos de sus defensores, se trata de un instrumento auxiliar del maestro, para el que se han preparado unas guías especiales. Es lamentable. Para empezar, porque el grado de preparación de nuestros maestros de primaria deja mucho que desear y nadie debe ignorarlo menos que los autores del libro de texto. Las mentiras piadosas que los describen como esforzados paladines del espíritu no nos llevan a ningún lado. La verdad monda y lironda es que en la Escuela Normal, en los profesores que salen de ella y en los niños que los padecen, antes que en los libros de texto, se encuentra el ejemplo más palpable de la decadencia general de la educación en nuestro país. Las escuelas de México están llenas de maestros que apenas ganan para malvivir, no leen sino la sección deportiva de los periódicos, están más preocupados por los problemas sindicales que por las materias escolares y cuyos conocimientos apenas exceden, en ocasiones, los de un alumno de secundaria. (Aún recuerdo, con una incómoda mezcla de indignación y lástima, a aquel profesor, figura eminentísima de mi escuela primaria, que durante una ceremonia de fin de cursos nos habló largamente de Don Miguel de Saavedra Cervantes y sus poesías.) Es un problema que no se arregla con programas de capacitación, cursos de actualización y seminarios, ni con guías para el maestro hechas al vapor —y que por lo mismo han resultado, como lo mostró puntualmente Sergio Pitlor, un verdadero disparate. La solución, que tomará años —los de varias generaciones—, implica una reforma radical del magisterio. Pero el principio de esa reforma puede estar precisamente en los libros de texto, a los que para ello habría que dejar de considerar como auxiliares del maestro y empezar a ver como el fundamento de la enseñanza. Deben ser libros con una alta dignidad histórica, pedagógica y literaria; libros, en suma, *memorables*, que se lean con gusto y merezcan conservarse en las bibliotecas. Que la verdad de los textos históricos sea siempre provisional no quiere decir que esos textos deban pensarse como material desechable. La historia es una ciencia pero también un arte y el estado de salud de una literatura no se mide solamente por sus

obras de creación, sino también por la forma en que escriben sus élites intelectuales.

Además, darles a los niños libros para no leerse, en los que la extensión del texto y la distribución de los temas se han subordinado a las exigencias de los diagramadores y diseñadores, como si se tratara de folletos de propaganda, es olvidar que el papel esencial de la escuela primaria debería ser precisamente la formación de lectores. El verdadero aprendizaje de la historia no consiste en la memorización de datos y fechas. Tampoco en la absorción de las visiones de los universitarios que son los tristes "clásicos" de nuestros días. Los libros deben enseñar a los niños a leer. Si no se sabe seguir una narración, interesarse por un relato, desentrañar una trama, preguntarse por unos personajes, detenerse en el misterio de una frase, escuchar la voz del que nos habla por escrito —entonces no se entiende lo que es la historia. Pero ¿quién quiere aprender a leer, si la primaria no es más que el primer escalón del ascenso a la universidad y al doctorado? ¿A quién le interesa la escritura de los libros, si se puede cursar la universidad, obtener un título de posgrado, publicar en los periódicos y ser asesor de un ministro sin dominar la sintaxis?

No hay historia sin punto de vista, aunque hay puntos de vista que no se asumen como tales y que se ven a sí mismos como resultado científico de los últimos avances en la investigación historiográfica, señales objetivas del "advenimiento definitivo de un período orgánico, positivo y científico". Pero la historia es, antes que nada, narración, y la narración implica la elección de un punto de vista. En una historia como la que nos presentan estos libros, ese punto de vista ha sido escamoteado: no se hace presente en los giros verbales, la elección de los adjetivos, el orden de la sintaxis; pero determina la elección de los temas, el juicio sobre los acontecimientos, la disposición de los párrafos. Bajo la apariencia de objetividad, se esconde una subjetividad autoritaria: la del que no cree necesario presentar sus afirmaciones como suyas, de su momento, su escuela, sus convicciones, su partido, porque las ve como la última avanzada del progreso, la ciencia, la verdad. La del que cree, por ejemplo, que las bondades históricas del presidencialismo y de la debilidad del parlamento no son una interpretación ideológica y partidista sino una evidencia innegable, ante la cual hasta los niños deben rendirse.

En tiempos de López Mateos, la creación del libro de texto gratuito se justificaba porque, en ese entonces, sólo uno de cada cuatro niños podía contar con algún libro de texto. Y también porque para el nacionalismo estatal de ese momento la necesidad de unificar al país en una sola tradición, haciendo tabla rasa de las particularidades y las contradicciones, parecía una necesidad impostergable. Hoy que la democracia se ha vuelto la bandera de todos y que el elogio de la pluralidad es un lugar común de las buenas conciencias, sería más coherente con la retórica de la modernización que el libro de texto gratuito dejara de ser único, anónimo y obligatorio. Que, a partir de una base común, contáramos en las diversas regiones del país con libros diversos que se extendieran en las particularidades de la historia local. Verdaderos libros, de buenas plumas y personas concretas, no de equipos anónimos. Para implantar una verdadera federalización de la enseñanza, la Secretaría de Educación Pública debería limitarse a imprimir distintos libros gratuitos, seleccionados por concurso, y a autorizar otros que no lo fueran. □